

EL DEFENSOR DEL OBRERO

LO QUE SOBRA Y LO QUE FALTA EN CARTAGENA

Bajo este título nos proponemos, con la ayuda de Dios, estudiar en pequeños artículos los vicios sociales y las virtudes de ciudadanía de nuestro pueblo. No somos del número de pedantes y perniciosos aduladores de individuos y de colectividades, que solamente hablan de las virtudes o dicen de un pueblo solo lo que es bueno; sino verdaderos amantes de su progreso moral y social, base del progreso económico. Los pueblos, lo mismo que los individuos, para abandonar un vicio necesitan aborrecerlo y para esto convencerse de su maldad. La prensa, maestra por aclamación popular de la educación ciudadana, tiene el gran deber de hacer ver la abyección del vicio y la rareza de la virtud.

A mis amigos los propagandistas de «Avante» y a todos los verdaderos amantes de las ideas buenas.

EL ENTUSIASMO

La primera condición para la propaganda de las buenas ideas es el entusiasmo. Nace del amor verdadero y este a su vez del conocimiento de la verdad, de la bondad y de la belleza de las cosas; de tal modo que un hombre sin entusiasmo, o no conoce la bondad de estas (o lo que es peor está incapacitado para conocerla) o es un hombre mutilado espiritualmente: un hombre manco.

Hoy día, mancos de este modo hay más que cojos y jorobados. Hasta parece que ha llegado a ser moda matar el entusiasmo en las almas. Hay hombres que pasan por serios y tachan de imprudencia todo entusiasmo, haciendo gala de no entusiasmarse nunca de nada y diciendo que hay que tomar las cosas con moderación. Otros, en nombre de la tolerancia, lo condenan como fanatismo, diciendo que se han de respetar las opiniones y gustos de todos. Estos últimos son los que no saben en qué consiste la tolerancia. La caridad exige, no solo tolerar, sino amar a todos los hombres; pero la razón y la justicia piden sean desterrados las opiniones y gustos malos en el individuo y en la sociedad. Los anteriores son los pelilimpios de cabeza (cuando la tienen poblada

cuida más de ella el peluquero que el profesor) y peliabundantes de barba (su trabajo ha sido más de mandíbula que de cabeza). Me olvidaba de otros que aborrecen el entusiasmo como cosa fea, antiestética y pasada de moda. Estos son los modernos volterianos que, bien estudiados, siempre tendrán cabida en uno o en otro grupo.

El hombre sin entusiasmo no se atreve a hacer afirmaciones, siempre habla como dudando, obra como si le arrastraran, es indiferente a los mayores problemas de la humanidad, acepta fácilmente todas las opiniones de moda, y como fuera de él no halla nada que le excite el amor entusiasta, suele caer en un repugnante egoísmo. Sus palabras tienen siempre un deje de ironía de la que nada se salva; hace broma de todo: de la política, del mundo, del vecino y hasta de su mismo.

Vengan hombres con entusiasmo por las cosas que lo merecen, es decir, un entusiasmo fundamentado en la verdad y regulado por la prudencia. Esos, cuando saben una cosa, la afirman con energía y combaten su contraria, su duda no es en ellos una vacilación, sino una afirmación más de la debilidad del conocimiento humano. Cuando ve lo bueno es capaz de hacer cualquier sacrificio para conseguirlo. Por la belleza, la bondad y la verdad, ama la acción, la propaganda y las obras. Estas pueden más que las palabras. El que trabaja vence al que habla.

El entusiasmo es natural al hombre y es además el completo de su obrar. El que no lo siente es como si fuera manco o mutilado. Los entusiastas pueden salvar a un pueblo y enderezar una Sociedad.

Claridor

CASOS...

El baile es antipatriótico

De la prensa italiana...

El gran Mussolini mandó cerrar todos los salones de baile que había en toda Italia, «porque los bailes, dice, son motivo de corrupción».

El quiere una Italia grande, sublime; para conquistar ese puesto de primer orden en la fila de las naciones necesita de enorme po-

tencia de virilidad sana, de moralidad extraordinaria, de austeridad y severidad en las costumbres, quiere quitar el estorbo a sus deseos patrióticos, que es el baile; no le parece bien una sociedad en la que se baile mucho y por eso cierra esos locales tan perniciosos a su patria...

¿Chifladura del gran duce?, no, pues en realidad la gente bailarina solo sirve para los salones, mas no para la guerra ni para la paz.

Las modas

De un periódico inglés...

Jorge V, rey árbitro de la elegancia inglesa, asqueado de tanto como enseñan las rubias de Albión, ha ordenado a las cortesanas inglesas que se euban el escote y que se bajen las mangas y las faldas.

Muy bien, potente monarca, porque hay que ver lo poquito elegantes que son esas figuritas semidesnudas, inglesas o españolas, que por aquí también hacen gran falta esas órdenes.

El ejemplo debe venir de arriba y ojalá imiten el del rey de Inglaterra en las demás cortes y en todos los centros aristocráticos.

Ya no dirán que ello eran exageraciones de gente de Iglesia, también los laicos se meten contra esa inmoralidad.

Por otro camino

De una revista francesa

Las autoridades francesas se quejan de los resultados casi nulos de la concesión de premios a las familias numerosas, está estupidamente esa subvención (también la tenemos en España), pero mientras no se atage la gran inmoralidad que barre los pueblos, es inútil que os canséis en querer aumentar la población francesa.

Que el pueblo tema a Dios, que ame el sacrificio y la familia cristianamente, educando a la mujer por otros derroteros; la mujer es el eje de la familia, y mal eje pueden ser esas loquitas semidesnudas esas charlatanas estultas que nada saben de costura, de hilado ni de cocina ni entienden el manejo de la escoba, que tanto se han apartado del camino recto de las buenas costumbres al calor de la piedad cristiana sin hipocresías.

A las mujeres de antaño no eran necesarias subvenciones, con las de hoy ni siquiera eso es suficiente, ahí tenéis al gobierno francés tan quejoso, que ni con subvenciones logra muchas y numerosas familias.

Volver el pueblo a Dios y encontraréis solucionado el conflicto.

DESDE EL PARQUE ALFONSO TORRES

Yo subo al Parque porque me place que el firmamento gusta admirar, ver de la tierra y el mar su enlace, y al aire libre a Dios amar.

Siente mi alma tanta alegría al separarse de la Ciudad, que en este sitio yo viviría sin el contacto de vecindad.

Del horizonte su lejanía, al mar mirando me hace pensar; si alas tuviera lo su caría, pero lo impide su inmensidad.

Miro a Poniente y el Sol se oculta cuando ha lucido ya su esplendor; veo un recinto, negro, que asusta, son muros tristes de una prisión.

Se oye una copla con buen estilo, en ella, un preso da su alma entera; y acariciante llega a mi oído esta sentida CARTAGENERA.

* Mucho pesa la condena que me queda que sufrir... Cuando cumplo, en Cartagena pienso quedarme a vivir... Que aquí la gente es muy buena.*

Veo golondrinas en raudo vuelo que la mirada seguir no puede ahora las veo rozando el suelo y junto al cielo luego se pierden.

Las golondrinas son la esperanza de los reclusos de la prisión, que con sus trinos y alegre danza prestan consuelo a su aflicción.

Al penal lanzo mirada vaga, ensimismado en mi libertad pienso en el preso, en su hora aclaga, veo el centinela que alerta está.

Deja el arado, tal vez la mina que dan trabajo para el sostén; pienso en su madre que no lo olvida, pienso en su novia, su dulce bien.

Ya doy reposo a mis pupilas; miro la dársen del Arsenal, tan sonriente, bella y tranquila, y unos recuerdos me hace pensar.

Andrés Barrois